

TEOLOGICA

TEOLOGICA

MAY 13 1991

REVISTA

REVISTA

TEOLOGICA

TEOLOGICA

TEOLOGICA



REVISTA

REVISTA

REVISTA

TEOLOGICA

TEOLOGICA

REVISTA

REVISTA

TEOLOGICA

TEOLOGICA

TEOLOGICA

INDICE

	Pág.
Editorial: <i>Hablar del Espíritu Santo</i>	5
Prólogo	9
<u>Capítulo Uno</u>	
LA PERSONA DEL ESPIRITU SANTO	13
Visión del Espíritu Santo en las Sagradas Escrituras	19
La obra del Espíritu Santo	22
Enfoque histórico de la persona y obra del Espíritu Santo	67
<u>Capítulo Dos</u>	
Análisis de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina	81
<u>Capítulo Tres</u>	
Un cambio a partir del Espíritu Santo	103
El motivo para una doctrina del Espíritu Santo	103
Recordar lo olvidado	106
<u>Conclusión</u>	113
Citas	117
Apéndice	119
Bibliografía	121

CAPITULO

UNO

LA PERSONA

Y LA OBRA

DEL

ESPIRITU SANTO



LA PERSONA DEL ESPIRITU SANTO

INTRODUCCION

Dios se revela al hombre con un propósito determinado: dar a conocer su amor. Esta revelación adquiere sentido cuando se hace realidad en el hombre. Por esta razón un trabajo acerca de su revelación debe tener siempre presente el propósito de la misma y ser elaborado con un objetivo práctico. Esta es nuestra premisa.

Para la elaboración de este trabajo partimos de la revelación escrita de Dios, inspirada por el Espíritu Santo e interpretada bajo su guía, y del testimonio que recibimos en nuestra propia vida.

Dios es un Dios vivo, es un Dios actual que no se ata a tiempos, lugares y formas de revelación. Entender que Dios se da a conocer sólo a partir de las Sagradas Escrituras lleva muchas veces a forzarlas para corroborar determinados temas, y aun a exaltarlas más allá del Espíritu Santo. Por medio de él deben ser comprendidas, él es quien revela y quien conduce a toda verdad, utilizando nuestras capacidades como seres humanos.

Concretamente, la metodología es la siguiente: consultar los datos revelados en las Sagradas Escrituras, dar interpretaciones acerca de los mismos, y añadir el testimonio de Dios en nuestras vidas.

PRUEBAS ACERCA DE LA PERSONA

Y DIVINIDAD DEL ESPIRITU SANTO

La prueba más contundente de que el Espíritu Santo es una persona de la Trinidad, y de que es Dios, está dada por su relación con el Padre y el Hijo, por lo que desarrollaremos en primer término la doctrina acerca de la Trinidad.

"Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Mateo 28:19.

Del uso del sustantivo "Nombre" en singular, deducimos que se trata de un Dios que se manifiesta bajo las personas Padre, Hijo y Espíritu Santo, las cuales están separadas por la construcción "y del", demostrando que cada una es distinta de la otra.

"Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros". Juan 14:16-17.

"Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho". Juan 14:26.

"Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí". Juan 15:26.

El que habla es Jesús, quien se expresa acerca del Padre y del Espíritu Santo, como personas distintas, en razón de la función que realizan. (El Padre enviará al Espíritu Santo en nombre de Jesús, y el Espíritu Santo enseñará, recordará y dará testimonio acerca de Jesús). A su vez las tres personas convergen en una misma obra en favor del hombre.

"La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros".
2º Corintios 13:14.

Se menciona claramente a las tres personas de la Trinidad, diferentes entre sí, por una acción que le es propia a

cada una, dentro de una misma obra que tiene como fin al hombre.

Estos textos prueban que Dios es uno en tres personas distintas. Los demás textos revelados en las Sagradas Escrituras se comprenden a la luz de estos. Hallamos menciones acerca de las tres personas de la Trinidad en:

- * La obra de la creación. Génesis 1:13
- * La creación del hombre. Génesis 1:26 (deducido a partir del plural "hagamos")
- * La profecía acerca del Masías. Isaías 61:1 (entendido desde la perspectiva de Lucas 4:18)
- * El bautismo de Jesús. Mateo 3:16-17; Marcos 1:11; Lucas 3:22
- * La predicación de Pedro en Pentecostés. Hechos 2:32-33
- * Pasajes que revelan la obra de salvación que las tres personas realizan en el hombre. 2ºCorintios 1:21-22; Gálatas 4:4-6; Efesios 2:18; 3:14-17; Tito 3:4-6
- * Textos que hablan de la habitación del Dios Trino en el creyente. 1ºJuan 3:22-23; 4:13-14

DEDUCCIONES BIBLICAS

En Dios subsisten tres personas distintas, conocidas a partir de la función que le es propia a cada una. Así el Padre es reconocido como persona de la Trinidad por revelar se como Padre; el Hijo es reconocido como persona por revelarse como Hijo; y el Espíritu Santo es reconocido como persona por revelarse como Espíritu Santo. Es decir, conocemos que Dios es Trino por sus funciones que nos son reveladas en su actuar.

Las tres personas de la Trinidad son un solo y único Dios, porque Dios es indivisible; y por lo tanto, cuando una persona actúa, las otras también lo hacen, si bien se le atribuye a cada una lo que con más fuerza representa. Así al Padre se le atribuye la obra de creación, al Hijo la de la redención, y al Espíritu Santo la de la santificación, sin que esto signifique que las otras dos personas no parti

cipan de las mismas.

PROYECCION DEL DIOS TRINO EN EL CREYENTE

"En esto conocemos que permanecemos en él, y él en nosotros, en que nos ha dado de su Espíritu. Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo". 1º Juan 4:13-14.

"El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados". Romanos 8:16-17.

La obra de Dios en el creyente es una prueba de la Trinidad y Unidad de Dios, que se manifiesta en la filiación con el Padre, en la redención hecha por el Hijo, y en la morada del Espíritu Santo; siendo esta una sola obra de Dios hacia el hombre, la salvación.

Las dos pruebas presentadas, tanto por la palabra de Dios escrita, como el testimonio en el creyente, deben complementarse y encuentran su validez únicamente en el Espíritu Santo. El testimonio del creyente no es de manera alguna una revelación personal, sino que parte de la palabra de Dios. Es testimonio acerca de Dios obrando en el creyente (testimonio no es hablar de Dios, sino de lo que Dios hace en uno).

EL ESPIRITU SANTO

El Espíritu Santo posee acciones, atributos y nombres que le son propios y que destacan su persona y divinidad. Actúa de acuerdo con las características de una persona, con voluntad propia, razón y emociones, si bien estos conceptos son antropomorfismos acerca de Dios.

Acciones

El Espíritu Santo enseña y recuerda lo que Cristo enseñó (Juan 14:26), da testimonio acerca de él (Juan 15:26) y guía a toda verdad (Juan 16:13).

En su misión con la iglesia habla (Hechos 10:29; 13:2), envía al ministerio (Hechos 13:4), prohíbe predicar (Hechos 16:6), reparte dones como quiere (1° Corintios 12:7-11). A nivel personal intercede en la oración (Romanos 8:26), fortalece (Romanos 8:14), escudriña lo profundo de Dios (1° Corintios 2:10) y protege del mal (Isaías 59:19). Es tratado como una persona a la cual se le puede mentir (Hechos 5:3), resistir (Hechos 7:51), entristecer (Efesios 4:30), insultar (Hebreos 10:29), blasfemar (Mateo 12:31) y apagar (1° Tesalonicenses 5:19).

Entre sus acciones como Dios, resalta el papel que desempeña en la regeneración (Juan 3:5 y 1° Pedro 1:23), en la resurrección (Romanos 8:11), en la filiación con el Padre (Gálatas 4:6), en el convencimiento de pecado, justicia y juicio (Juan 16:7-11), en la inspiración de las Sagradas Escrituras (2° Timoteo 3:16 y 2° Pedro 1:20-21), en la santificación (1° Tesalonicenses 4:3-4) y en la glorificación (Efesios 1:13-14). La obra del Espíritu Santo es hacer morir al pecado y resucitar en Cristo, y todas las demás acciones que realiza se derivan de esta, aunque con nombres distintos.

Atributos

Los atributos del Espíritu (Eternidad, Omnipotencia, Omnipresencia, Omnisciencia) se comprueban a partir de la relación con las otras dos personas de la Trinidad. Ya que no existen textos bíblicos que confirmen estos atributos de un modo específico, consideramos importante no forzar estos pasajes para comprobar lo que queda claramente manifiesto por su relación con el Padre y el Hijo.

Nombres

Los diversos nombres atribuidos al Espíritu Santo en su relación con el Padre y el Hijo justifican su divinidad y persona, como también los nombres que designan atributos o cualidades.

El Espíritu en su relación con el Padre es llamado Espíritu de Dios (Génesis 1:2), Espíritu de vuestro Dios (1° Corintios 6:11), Espíritu de Jehová (Isaías 11:2 y Jueces 3:10), Espíritu de vuestro Padre (Mateo 10:20), Espíritu del Dios vivo (2° Corintios 3:3).

El Espíritu Santo en su relación con el Hijo es llamado Espíritu de Cristo (Romanos 8:9), Espíritu de Jesucristo (Filipenses 1:19), Espíritu de su Hijo (Gálatas 4:6), Espíritu del Señor (Hechos 5:9).

Los nombres que expresan un atributo o cualidad son Consolador (Juan 14:16; 14:26; 15:26), Espíritu Santo (Mateo 1:20; Lucas 11:13), Espíritu de poder, de amor, de dominio propio (2° Timoteo 1:7), Espíritu de verdad (Juan 14:17).

Aplicación

Saber que el Espíritu Santo es una persona de la Trinidad es importante para comprender que tiene voluntad propia, que por lo tanto no está a nuestra disposición como una simple fuerza, poder o manifestación de Dios.

Saber que el Espíritu Santo es Dios y que vive en nosotros nos demuestra el gran amor de Dios y su gracia, al habitar en el creyente, a la vez que crea una responsabilidad hacia él, por ser templos suyos.

SIMBOLOS

Debido a lo difícil que resulta comprenderlo, el Espíri-

tu Santo es representado por medio de símbolos y nombres que lo describen en su manera de actuar. Ellos son:

Aceite: En el Antiguo Testamento se utilizaba el ungi^o miento con aceite para separar, consagrar a las personas e^l legidas por Dios, sobre las cuales descendía el Espíritu (1°Samuel 10:1). En el Nuevo Testamento se utiliza el mis^o mo símbolo para describir el bautismo del Espíritu Santo (Hechos 10:38).

Fuego: Se utilizaba para purificar. El Espíritu Santo cumple la función de purificar o santificar al creyente (Mateo 3:11-12; Hechos 2:3).

Sello: Revela la garantía y seguridad presente y futura de recibir la promesa de la redención (Efesios 1:13; 4:30; 2°Corintios 1:22).

Viento: Como símbolo del Espíritu Santo refleja que él es libre, invisible, e imprevisible (Juan 3:8; Hechos 2:2).

Agua: Expresa la satisfacción de la necesidad de vida dada en abundancia al creyente (Juan 4:14,24; Juan 7:37-39).

Paloma: Simboliza la paz (mansedumbre, sencillez) que se recibe por medio del Espíritu Santo (Juan 1:32).

Dedo de Dios: Como símbolo del Espíritu Santo indica su procedencia y destaca su poder sobre el mal (Mateo 12:28 ; Lucas 11:20).

VISION DEL ESPIRITU SANTO EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En esta parte de las Sagradas Escrituras el Espíritu de Dios es la acción de Dios. El Espíritu es aquello por lo

cual Dios se manifiesta en dos obras principales, la primera, la animación, la vida en el plano de la naturaleza y la segunda, la conducción de su pueblo suscitando para él héroes, guerreros, reyes y profetas.

El Espíritu de Dios actuó ya en la creación. Al observar el versículo 2 de Génesis 1, vemos que el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas para actuar en el nacimiento de las cosas. En Génesis 2:7, Dios sopla su Espíritu sobre la corona de la creación, el hombre, dándole la vida.

Fuera de lo visto en el párrafo anterior, el Antiguo Testamento nos muestra al Espíritu Santo actuando sobre personas específicas. La constante de estas experiencias es la de asegurar el cumplimiento del plan de Dios para su pueblo. Así el Espíritu de Dios fue derramado sobre los jueces, una especie de jefes o guerreros carismáticos que aparecen en pocas críticas de la historia de Israel. Tenemos como ejemplo los jueces Otoniel (Jueces 3:10), Gedeón (Jueces 6:34) o al propio rey David que también fue ungido con el Espíritu de Dios (1° Samuel 16:13).

En la época de los profetas, cuya misión era traer al pueblo el mensaje de su Dios, se considera al Espíritu actuando a través de ellos. De hecho se atribuye la palabra profética a un soplo de Jehová. En estas profecías puede verse también la acción futura del soplo en el Mesías (Isaías 42:1) y en Israel (Ezequiel 37:5), para el bien del hombre.

La obra del Espíritu Santo en el individuo es la misma que en el Nuevo Testamento, si bien no se describe en detalle su modo de operar. El Espíritu Santo estaba sobre el individuo y lo capacitaba para su función temporariamente (1° Samuel 16:14).

EN EL NUEVO TESTAMENTO

LOS EVANGELIOS SINOPTICOS

En los Evangelios Sinópticos las referencias acerca del

Espíritu Santo son pocas y en su mayoría están ligadas a la vida de Jesucristo.

Zacarías, Elisabet y Juan fueron llenos del Espíritu Santo (Lucas 1:15; 1:41; 1:67). Jesucristo fue engendrado por el Espíritu Santo en María (Mateo 1:20), fue ungido como Mesías (Lucas 4:18), fue guiado por el Espíritu Santo al desierto (Lucas 4:1), fue lleno del Espíritu Santo (Lucas 4:1), murió asistido por el Espíritu Santo (Hebreos 9:14), fue resucitado de entre los muertos (Romanos 8:11) y glorificado (Juan 15:26).

LOS ESCRITOS DE JUAN

Juan se caracteriza por la íntima relación que establece entre Cristo y el Espíritu Santo como primer *Paracleto* (1° Juan 2:1) y el segundo *Paracleto* (Juan 14:26). El Espíritu Santo viene cuando Jesús se va y se constituye en testimonio de la glorificación y exaltación de Cristo (Juan 7:39; Juan 16:7).

Varias de las características atribuidas al Paracleto son atribuidas también a Jesús: *verdad* (Juan 14:17; Juan 14:6), *morada en los discípulos* (Juan 14:17; Juan 14:20), *desconocimiento por parte del mundo* (Juan 14:17; Juan 16:3), *enseñanza* (Juan 14:20; Juan 7:4), *procedencia del Padre* (Juan 15:26; Juan 16:27) y *testimonio* (Juan 15:26; Juan 8:12-13).

LOS HECHOS DE LOS APOSTOLES

Lucas ve al Espíritu como la causa instrumental del testimonio que asegura que el evangelio sea predicado a todos y la iglesia se extienda.

El punto de partida es *Pentecostés*, pues sólo con el Espíritu Santo se origina la iglesia (Hechos 1:1-2:47). El Espíritu Santo es Jesús en acción en la continuación de su ministerio. El objetivo del Espíritu Santo es capacitar a la iglesia para la misión de transmitir al mundo el evange-

lio. Robustece el coraje de los cristianos ante las persecuciones y la organización y vida comunitaria de la iglesia.

El Espíritu Santo es descrito con características personales: habla (10:29), llama (13:2), impide (16:6), dirige (15:28), elige (13:2), llena (7:55), y se lo encuentra a menudo con los apóstoles y otros creyentes llenos del Espíritu Santo dando testimonio acerca de Jesús.

LOS ESCRITOS DE PABLO

Ve al Espíritu Santo en íntima relación con el cuerpo de Cristo y los dones espirituales. Además subraya la santificación y la función escatológica del Espíritu.

En el cuerpo de Cristo, el Espíritu Santo es la marca fundamental de pertenencia (1°Corintios 12:13), manifestándose por medio de dones carismáticos (1°Corintios 1:4-7; Gálatas 3:5). Estos dones son expresión de energía divina que promueve el bien común (1°Corintios 12:4-7).

Como Don escatológico el Espíritu Santo es la garantía de que Dios completará la obra que ha comenzado (2° Corintios 1:22), la santificación (2°Tesalonicenses 2:3), caracterizada por la lucha entre la antigua y nueva vida, que se consumará cuando el Espíritu Santo tome el control total de la persona (Romanos 8:11) en la resurrección.

LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO

EN LA NATURALEZA

La obra del Espíritu Santo en la naturaleza, tanto en la creación del cosmos, como en la preservación de la vida y en la restauración de un cielo y una tierra nuevos, se comprenden a partir de la obra regeneradora en la vida del hombre. Sólo aquel que conoce al Espíritu de Dios en su pro

pía vida puede distinguir las señales de su presencia en la creación.

En la creación del mundo, el Espíritu Santo es el ejecutor de la palabra dicha por Dios, descrito en ese caso como el aliento (ruaj) de Dios.

"Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca". Salmo 33:6.

"¿Quiēn midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra y pesó los montes con la balanza y con pesas los collados? ¿Quiēn enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole?". Isaías 40:12-13.

El Espíritu Santo es quien da vida al mundo en su expresión mineral, animal y humana y quien también la quita.

"Escondes tu rostro, se turban, les quitas el hálito, dejan de ser y vuelven al polvo. Envías tu Espíritu y son creados y renuevas la faz de la tierra". Salmo 104:29-30 (referido a los animales).

"El Espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida". Job 33:4.

"Entonces formó Dios al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente". Génesis 2:7.

"Así dice Jehová Dios...el que da aliento al pueblo que mora en la tierra y espíritu a los que por ella andan". Isaías 42:5.

"Si él pusiese sobre el hombre su corazón, y recogiese su espíritu y su aliento, toda carne perecería juntamente y el hombre volvería al polvo". Job 34:14-15.

Consecuentemente, la preservación de la obra creada queda también en sus manos. El Espíritu Santo es el director de la creación, quien mantiene los procesos del cosmos natural a nivel inanimado (estaciones, rotación de la tierra, gravedad, etc.), a nivel animado, (permitiendo la perpetua renovación y reproducción de seres) y a nivel humano dotando de vida, vitalidad y capacidad a todas las generaciones (Salmo 104).

Con la caída del hombre, toda la creación quedó sujeta a vanidad, a la esclavitud de la corrupción.

"Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza" Romanos 8:20.

"Maldita será la tierra por tu causa, con dolor comerás de ella todos los días de tu vida". Génesis 3:17.

La obra de regeneración, recreación o restauración del Espíritu Santo arranca con el hombre, a causa de quien toda la creación quedó sujeta a vanidad. En el hombre primero se produce la regeneración espiritual y en el futuro se efectuará la redención total por medio de la resurrección de la carne. 2°Corintios 4:7; 5:10; Ezequiel 37:9; Romanos 8:11.

"Nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo". Romanos 8:23.

En la creación se da esta misma tensión que culminará con la destrucción de esta morada terrestre y la creación de un cielo y una tierra nuevos por parte del mismo Espíritu. El Espíritu inaugura así los últimos días, la última e tapa de la salvación hasta la salvación total de todos los seres humanos y la nueva creación.

"Porque sabemos que toda la creación gime a una y a una está con dolores de parto hasta ahora". Romanos 8:22.

"Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios". Romanos 8:19. (Ver también Colosenses 1:20; 2º Pedro 3:7, 10-12; Apocalipsis 21:1; Efesios 1:10).

APLICACION

El mundo que nos rodea se ve afectado por la mala administración que el hombre hace de la energía, los seres vivos e incluso de sí mismo. Es natural que la creación gima a una (Romanos 8:22) y que esto se vea reflejado en problemas de desorden ecológico, superpoblación, contaminación ambiental, etc.

El creyente que reconoce en la creación la obra del Espíritu Santo, no debe limitarse al mero agradecimiento a Dios por las bendiciones recibidas, sino que debiera involucrarse en la preservación del medio ambiente por respeto al mismo, denunciando aquellos hechos que alteran el equilibrio ecológico.

EN EL HOMBRE

VISION ANTROPOLOGICA

El enfoque bíblico del hombre enfatiza su unidad y totalidad. Además, los elementos constitutivos que aparecen tienen el único fin de acentuar al hombre como un ser total.

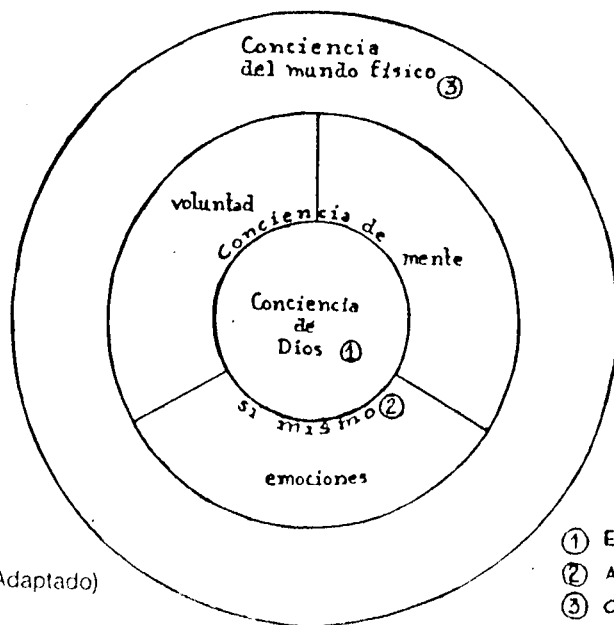
"Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente". Mateo 22:37.

"...y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irrepreensible para la venida de nuestro Señor Jesu cristo". 1º Tesalonicenses 5:23.

Así, cuando el hombre cayó en pecado, todo su ser se vio afectado; y por contrapartida, cuando Dios opera la salva ción, lo hace para todo el ser.

Durante mucho tiempo se concibió al hombre como una unidad de cuerpo y alma. A medida que las investigaciones avanzaron, surgió la teoría de una unidad compuesta por espíritu, alma y cuerpo. Por razones funcionales nos inclinaremos a la visión antropológica que integra espíritu, alma y cuerpo. Consideramos necesaria esta distinción para entender la obra del Espíritu Santo en el hombre, para ver a qué responde el hombre natural y a qué el hombre espiritual.

Nos remitiremos a un esquema de John Stott, donde lo explica de la siguiente manera: El hombre es una unidad de espíritu, alma y cuerpo que responde a su conciencia de Dios, de sí mismo y del mundo que lo rodea respectivamente.



Stott (Adaptado)

Toda la obra del Espíritu Santo debe ser comprendida junto a una correcta antropología bíblica que entienda al hombre en su totalidad y profundidad.

Cabe mencionar la opinión de Lutero al respecto: "La Biblia siempre hace referencia a la totalidad del hombre y no a alguna faceta separada del mismo. Si presenta la diferencia y tensión entre cuerpo y alma, carne y espíritu, nunca limita la real esencia del hombre a una de estas facetas, ya sea al cuerpo, o al alma, o a la razón, porque una situación de conflicto interno determina las decisiones y acciones del hombre en su totalidad".(1)

"Cuando Lutero (en su sermón sobre el Bautismo, WAII, 729ss) habló de nuestra carne 'mala y pecaminosa tan grande como es', ciertamente no describió el contraste entre la carne y el espíritu en términos biológicos o psicológicos de cuerpo y espíritu, o cuerpo y alma como están promulgados en las antropologías de la filosofía griega o en el escolasticismo medieval. Carne, para Lutero, es el hombre como tal, la concupiscencia pecaminosa del hombre, su egoísmo, su incontinencia, su orgullo... Espíritu, por otro lado, es el Espíritu de Dios que nos otorga la adopción de hijos de Dios. (Exposición de Gálatas, WAII, 458)".(2)

CONVERSION - REGENERACION

La obra del Espíritu Santo en el hombre es básicamente una sola, que consiste en hacer morir al pecado y resucitar en Cristo. Recibe, sin embargo, tres diferentes nombres: conversión, que abarca todo lo que sucede al principio de la vida cristiana, santificación, que enfoca el desarrollo de la misma, y glorificación, que apunta hacia la finalización de la obra comenzada.

La salvación es el proceso total que comienza con la conversión (fuimos salvados), continúa con la santificación (somos salvados) y culmina con la glorificación (seremos

salvados). Cada uno de estos momentos es la reiteración de la misma obra, morir al pecado y resucitar en Cristo.

CONVERSION

Abarca todos los sucesos del comienzo de la vida cristiana: arrepentimiento del pecado, que es la fase negativa, y la fe en Jesucristo, que es la fase positiva.

El término conversión describe la respuesta del hombre a la acción de Dios efectuada en la regeneración por el Espíritu Santo. El verbo *Epistrepho*, *volver hacia atrás, dar la vuelta, convertirse, retornar*, hace ver a la conversión como un acto único, un evento de una vez para siempre, en el cual el hombre se convierte por la acción del Espíritu Santo. Hechos 26:18.

REGENERACION

Es el acto por el cual Dios infunde nueva vida en el hombre por el Espíritu Santo. Esta obra es realizada por medio del convencimiento que opera el Espíritu Santo. *Elegcho* significa *convencer, traer a la luz, probar, condenar*, apuntando a una falta o error que debe ser corregido dando entendimiento acerca del tema en cuestión. Esta obra se realiza porque el hombre se encuentra en una situación de la que no puede librarse.

"Lo que es nacido de carne, carne es..." Juan 3:6.

"El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente".
1º Corintios 2:14.

"Entre los cuales todos nosotros vivimos en otro tiempo, en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira..." Efesios 2:3.

De acuerdo con la visión antropológica planteada anteriormente y a la luz de los textos mencionados, el hombre carece total e íntegramente de la capacidad de vivir en Dios porque es nacido de la carne y por lo tanto responde a un espíritu carnal, que hace que sirva a los deseos de su carne (emociones), haciendo la voluntad de su carne (voluntad) y de sus propios pensamientos (mente).

Concluimos que el hombre necesita ser transformado en su espíritu, ya que es allí donde se produce el problema, y como está incapacitado para hacerlo por sus propios medios, necesita de alguien que lo haga por él. El hombre es incapaz de percibir las cosas del Espíritu de Dios porque su espíritu se encuentra embotado por el pecado y sólo el Espíritu Santo puede darle la capacidad de vivir en Dios. (Mateo 13:15).

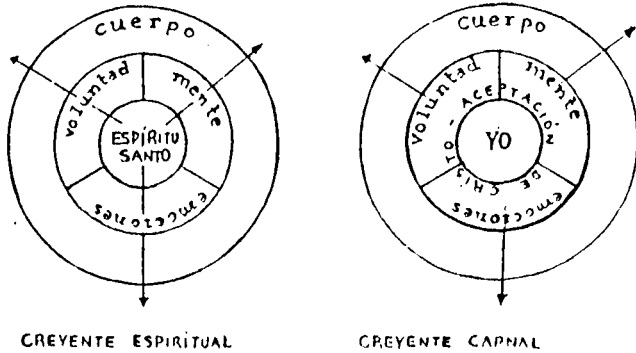
La obra de convencimiento que efectúa el Espíritu Santo plantea al hombre su ceguera respecto de tres grandes temas en los cuales Cristo es el centro.

"Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, por cuanto no creen en mí, de justicia, por cuanto voy al Padre y no me veréis más, y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido juzgado". Juan 16:8-11.

Esta operación se efectúa en la conciencia del hombre, en quien, de una forma inexplicable, no visible ni discernible, se produce la convicción que lleva al arrepentimiento de sus pecados y a la fe en Cristo.

A partir de la situación que se plantea en la iglesia y por medio de la visión antropológica, explicamos dos resul-

tados distintos de la conversión utilizando el gráfico de Stott anteriormente citado.



En el creyente espiritual, el Espíritu Santo convence al hombre en su espíritu. En el creyente carnal, el hombre se convence a sí mismo, obra que realiza en su siquis. En realidad conoce a Cristo pero no lo vive, tiene fe histórica pero no justificante, intenta creer pero no es regenerado.

Para Dios sólo hay creyentes y no creyentes. El planteo expresado tiene por objeto explicar una situación que si bien no es ideal, es real.

La regeneración se presenta a través de imágenes como nacer de nuevo (Juan 3:7), resurrección espiritual (Romanos 6:13), nueva creación (Efesios 4:24), que muestran una obra de la cual Dios es el autor exclusivo y en la que el único papel del hombre es morir.

"La regeneración, es un hecho, la conversión es una actividad o proceso. La regeneración es el origen de la vida, la conversión es la evolución y la manifestación de vida. La regeneración es totalmente un acto de Dios, la conversión es una respuesta del hombre. La regeneración es una causa, la conversión es un efecto. La regeneración es espontánea, la conversión es continua". (3)

APLICACION

Es de vital importancia comprender al hombre como una unidad. Dios lo ve como una unidad: o todo el hombre se pierde, o todo el hombre se salva. La división es única-mente para un mejor entendimiento del hombre. Esta jamás debe sobrepasar a la unidad porque de lo contrario tendríamos un hombre fragmentado, con lo que deberíamos tratar cada una de sus partes por separado. En este error se ha incurrido muchas veces al espiritualizar el mensaje, y establecerlo como contrapartida de lo material, que es considerado malo. El resultado fueron cristianos celestiales, con los pies en el aire.

Mientras se concibió al hombre como un ser dual, se pretendió explicar todo lo que no pertenecía al plano físico como un problema espiritual, a pesar de que muchas veces eran problemas psíquicos. Con el surgimiento de la psicología se comprende que el hombre posee también problemas psíquicos, y en alguna medida se llegó al extremo de considerar los problemas espirituales como psíquicos. Es muy difícil mantener el equilibrio.

La regeneración es una obra exclusivamente divina, que se produce en el espíritu del hombre. Al comprender la misión que tiene como creyente, el hombre crea métodos evangelísticos muy interesantes, detallados y aparentemente efectivos, pero en muchos casos se olvida de que la obra es de Dios y no de él. Estos métodos en oportunidades apuntan a la mente, las emociones, o a la conversión del momento, transformando a la misma en un acto meramente humano.

Fe sin arrepentimiento no es conversión. Esta fe es una mera aceptación de Cristo sin saber para qué, ya que no se experimentó el conocimiento del pecado y Cristo viene a ser sólo una ideología.

Arrepentimiento sin fe tampoco es conversión. El hombre continuamente se culpa de su pecado sin experimentar el perdón por no tener conocimiento de Cristo.

En el primer caso se conoce la solución y no el problema (fe sin arrepentimiento). En el segundo caso se conoce el problema, pero no la solución (arrepentimiento sin fe). Esto se origina por una presentación incompleta del mensaje (oferta sin demanda-demanda sin oferta) y trae como consecuencia creyentes carnales.

Una genuina conversión se opera en el Espíritu y requiere un uso equilibrado del mensaje.

EN EL CREYENTE

RECEPCION Y MORADA DEL ESPIRITU SANTO

"El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu". Juan 3:8.

Como Juan lo expresa, es muy difícil hablar de un momento determinado en el que se produce la recepción del Espíritu Santo, también llamada *Bautismo del Espíritu Santo*, *derramamiento del Espíritu* (Hechos 2:17), *Promesa del Espíritu Santo* (Hechos 2:33) y *Don del Espíritu Santo* (Hechos 2:38). En las Escrituras se encuentran distintos casos, pero en todos la condición para su recepción es una sola: *la fe en Jesucristo.*

"El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él..." Juan 7:38-39.

"Para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu". Gálatas 3:14.

"...Habiendo oído el evangelio y habiendo creído en él fuisteis sellados con el Espíritu de la promesa". Efesios 1:13.

El bautismo en el Espíritu Santo es para aquel que cree en Jesucristo. El Espíritu hace su morada en el creyente de forma permanente constituyéndolo en su templo y confiéndole variadas y abundantes bendiciones.

"Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir porque no lo ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros". Juan 14:16-17.

"Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros..." 1º Juan 2:27.

"¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios y no sois vuestros?" 1º Corintios 6:19. (Ver además Romanos 8:9 y 2º Timoteo 1:14).

El Espíritu Santo realiza su morada en el creyente junto con el Padre y el Hijo, y de esta forma se hace realidad "Emanuel", Dios con nosotros.

"El que guarda mis mandamientos permanece en Dios y Dios en él, y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado". 1º Juan 3:24.

"El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él". Juan 14:23.

La morada del Espíritu Santo confiere al creyente una nueva naturaleza. Era nacido de la carne y ahora es engendrado o regenerado por el Espíritu Santo, quien lo hace un hijo de Dios y heredero de la vida eterna.

"...Sino que habéis recibido el Espíritu de adopción por el cual clamamos: ¡Abba Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo..." Romanos 8:15-17.

"A fin de que recibiésemos la adopción de hijos; y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo, y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo". Gálatas 4:5-7.

"...nos salvó... por el lavamiento de la regeneración y renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna". Tito 3:5-7.

Hijo de Dios significa haber sido creado de nuevo por el Espíritu Santo. Ahora somos igualados en Cristo y así como él tenemos además de la naturaleza humana, la naturaleza divina. Esto no significa que ya seamos iguales a Cristo totalmente, sino que somos partícipes de su naturaleza divina.

"...Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas, llegaseis a ser partícipes de la naturaleza divina, habiendo huido de la corrupción que hay en el mundo a causa de la concupiscencia..." 2º Pedro 1:4.

Por ser partícipes de la naturaleza divina, recibimos la misma herencia que Cristo, estar junto al Padre, la vida eterna. Y tenemos ahora la garantía de esta vida por medio de la morada del Espíritu Santo.

"En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación y habiendo creído en él fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de vuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida para alabanza de su gloria". Efesios 1:13-14.

La habitación del Espíritu Santo es simbolizada con un sello que indica propiedad de Dios y garantía de salvación. Las arras son primicias, anticipo, garantía o cuota inicial de lo que recibiremos en plenitud en el futuro. El Es píritu Santo es un don escatológico, una señal de los últi mos tiempos. Esto confiere seguridad a la salvación. Ese mismo Espíritu que habita en cada creyente lo une al cuerpo de Cristo.

"Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". 1º Corintios 12:13.

El bautismo y morada del Espíritu Santo ubica al creyente en una nueva familia espiritual, constituida en la comu nidad del Espíritu.

La recepción del Espíritu Santo no necesariamente es acompañada de una manifestación extraordinaria. Los sucesos de Pentecostés (Hechos 2:4); de Cesarea (Hechos 10:46) y de Efeso (Hechos 19:6), en los cuales la manifestación de la recepción del Espíritu Santo fue "hablar en lenguas", no son normativos, ya que en otros casos la recepción se mani festó de diferentes maneras. (Hechos 2:41; 4:31; 8:17; 9:17).

El libro de Hechos no presenta como norma para recibir el Espíritu Santo la imposición de manos o el bautismo en agua. Según Hechos 8:17; 9:17; 19:6, la recepción del Espíritu Santo se dio después de la imposición de manos, pero en otros casos se dio sin existir tal acto. Respecto del bautismo en agua como norma para la recepción del Espíritu Santo, en Hechos 2:38 se da primero el bautismo y luego la recepción del Espíritu Santo, al igual que en Hechos 8:12-17; 19:5. Sin embargo, en Hechos 10:44-46, primero reciben el Espíritu Santo y luego son bautizados, al igual que en Hechos 9:17-18. Esto nos permite afirmar que la única condición para recibir el Espíritu Santo es la fe en Cristo, y que el Espíritu es libre en su actuar.

El bautismo del Espíritu se produce en la regeneración. Los textos que algunos aducen para explicar que se trata de una segunda experiencia serán analizados a continuación.

Hechos 2:1-4. Pentecostés. Los que estaban reunidos eran creyentes que respondían al régimen del Antiguo Testamento y que no habían recibido el Espíritu Santo porque Cristo no se había ido (Juan 16:7).

Hechos 8:4-25. Samaritanos. El texto nos permite concluir que la fe de los samaritanos estaba fundada sobre los milagros y no se dio la regeneración, por tal motivo no habían recibido el Espíritu Santo. Se puede hacer esta observación porque los samaritanos buscaban un poder en el cual depositar su confianza (así como antes fue Simón, ahora es Felipe). El texto nos dice que habían creído, pero esta era una fe basada en el poder, lo cual está claramente demostrado en la actitud de Simón al pretender comprar ese poder. La conversión de los samaritanos fue un asentimiento intelectual y recibieron el Espíritu Santo cuando fueron regenerados.

Hechos 19:1-6. Discípulos de Juan. En este caso es evidente que no conocían a Cristo y menos aún tenían fe en él, por lo que no podían recibir el Espíritu Santo.

Llegamos a la conclusión de que el Espíritu Santo se recibe en una sola vez, ya que es una persona y no un poder solamente, como se menciona en Juan 3:34, *Dios no da el Espíritu por medida.* La recepción y morada del Espíritu Santo es la base de la obra de salvación y de su desarrollo presente y futuro. Sin el Espíritu Santo en el hombre no hay salvación.

APLICACION

Es importante que se tenga bien en claro que la condición para recibir el Espíritu Santo es *la fe en Jesucristo.*

En muchas oportunidades se ha tratado de ligarla a determinados ritos como la imposición de manos o el bautismo en agua; pero si bien el Espíritu utiliza tales ritos, no se limita a ellos. Esta recepción no depende de la persona, ni de los esfuerzos que haga, ya que es un don de Dios otorgado por gracia. Así, una persona puede orar insistentemente, bautizarse y recibir la imposición de manos repetidas veces sin que esto signifique la recepción del Espíritu Santo.

Dios convierte al hombre en templo y por medio del Espíritu Santo habita en él Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Como dice en Hechos 17:28, "*En él vivimos y nos movemos y somos*". Carece de sentido huir, escapar, olvidarse, tener miedo, verlo lejos. Un creyente consciente de la morada de Dios en él, utiliza este beneficio y privilegio en todos los aspectos de su vida, cuerpo, mente y espíritu. Sólo así puede ser salvo del mal, vencer la tentación y hacer lo bueno, brindando el amor de Dios. Es un anticipo de la morada con Dios en la eternidad.

Todo privilegio trae responsabilidades para con Dios, para con los demás y para con nosotros mismos. La responsabilidad es dejar que Dios se manifieste a través de nosotros y que tome posesión de nuestra vida. Nos compete asumir el papel protagónico en la difusión del evangelio, no sólo dejando que Dios actúe, sino colaborando con él. Que Dios habite en el creyente no significa que éste quede anulado como persona y que la responsabilidad recaiga únicamente sobre Dios. Por tratarse de una relación entre Dios y el hombre, cada parte tiene sus responsabilidades.

Otro privilegio del que goza el creyente es ser considerado hijo de Dios. Este título ha perdido frecuentemente su verdadero significado y fuerza, por lo que creemos conveniente hablar de *naturaleza divina*, término que se ha aplicado a Jesucristo, pero que describe el verdadero énfasis de la expresión *hijo de Dios*: ser colocado a la altura de Cristo. Este tratamiento resalta el amor de Dios, ya que no se obtiene esta condición por lo que se es, sino

porque Dios la da, y por lo tanto no es motivo para que el creyente se enorgullezca, sino por el contrario para que reconozca humildemente la grandeza del amor de Dios. (1° Juan 3:1).

El Espíritu Santo es un anticipo de la vida eterna. El creyente es declarado heredero de esa vida y comienza a vivirla y gozarla aquí y ahora. La vida del creyente es un reflejo de cómo ha asumido este anticipo. Es de importancia tomar conciencia de la tensión entre el ya y el toda vía no; de que se vive la vida eterna, pero se está en la tierra.

Ser templo del Espíritu Santo coloca al creyente en íntima comunicación con Dios y a su vez en forma natural y espontánea, con el cuerpo de Cristo. El se siente impulsado a integrarse y estar en comunión con los demás cristianos, ya que el Espíritu Santo cree en él esta realidad, que es una realidad natural y espontánea. El Espíritu Santo es uno solo que bautiza a todos en un mismo cuerpo.

Ante un hecho tan importante como lo es la habitación del Espíritu Santo en el creyente, se espera que exista alguna manifestación de la misma. Al respecto algunos han propuesto el don de lenguas como la única manifestación, mientras otros no hablan de ninguna. Lógicamente existen cambios en la manera de vivir, en la actitud hacia Dios, en los deseos internos del corazón, en la escala de valores, que se operan a lo largo de toda la vida cristiana. Las manifestaciones del Espíritu son variadas y no hay que limitarlas a dos o tres hechos, como tampoco negarlas en su totalidad dando a entender que el creyente ni siquiera se da cuenta lo que sucedió.

SANTIFICACION

De los nombres que se le atribuyen al Espíritu, el más usado es *Espíritu Santo*, por su obra de santificación. La misma comienza con la conversión, se extiende a toda la vi

da cristiana y encuentra su punto culminante en la vida eterna.

Santificación (aguiasmōs, sanctum facere, qadash) significa *apartar, separar o consagrar a Dios*, y la transformación de vida que corresponde a los que entran en relación con él. Así, santificar es reconocer a Dios como santo y tener una conducta que corresponde a su santidad. La santificación se origina en la regeneración, cuando el hombre es declarado santo por la obra de Cristo.

"Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprehensibles delante de él". Colosenses 1:21-22. (Ver también 1º Corintios 6:11; Efesios 1:4; 1º Corintios 1:30 y Hebreos 10:10,14).

Esto queda de manifiesto en el encabezamiento de las epístolas donde los creyentes son llamados santos por la fe en Cristo Jesús (1º Corintios 1:2; Colosenses 1:2; Filipenses 1:1).

Sobre la base de este estado de santificación logrado por la expiación de Cristo se desarrolla todo el proceso diario de santificación que es la voluntad de Dios mismo.

"Pues la voluntad de Dios es vuestra santificación... pues no nos ha llamado Dios a inmundicia sino a santificación. Así que, el que desecha esto no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo". 1º Tesalonicenses 4:3,7,8.

"Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor". Hebreos 12:14.

"Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin la vida eterna". Romanos 6:22.

La santificación se caracteriza por la purificación constante de toda la vida, lo que implica dejar el pecado, la inmundicia, la contaminación tanto a nivel físico como psíquico y espiritual. El énfasis está en el abandono del pecado operado por el arrepentimiento y la fe en Cristo.

"Así que amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios". (2º Corintios 7:1).

"El mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprehensible para la venida de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es el que os llama, el cual también lo hará". (1º Tesalonicenses 5:23-24).

"Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo". (1º Pedro 1:15-16).

La santificación no sólo apunta a espacio (cuerpo), sino también a tiempo (vida). Es así que todo hombre desde su conversión y desde la habitación del Espíritu Santo en él, tiene como fin la santificación. Es imposible realizar esta obra por propia voluntad. Es por ello que Dios habita en él y no lo abandona en la lucha que lleva consigo mismo.

"Santifícalos en tu verdad, tu palabra es verdad". Juan 17:17.

"...así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuvie se mancha ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha". (Efesios 5:25-27).

La comunidad de los santos, santificada por la entrega de Cristo en la cruz y purificada por la palabra, es responsable de permanecer sin arruga, mancha o cosa semejante hasta la venida de Cristo.

El creyente, templo del Espíritu, vive una vida de tensión entre lo que desea hacer por ser regenerado y lo que en su fuero interno no le permite vencer el mal. En la Biblia se describe esta constante lucha entre la carne (todo su ser) y el Espíritu Santo.

"Yo sé que en mí, esto es en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo... Así que queriendo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí... Gracias a Dios por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado". (Romanos 7:18, 21, 25).

"Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia". (Romanos 8:10).

"Así vosotros no vivís conforme a la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros". (Romanos 8:9).

"Porque si vivís conforme a la carne, moriréis, mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis". (Romanos 8:13).

"...nosotros mismos gemimos esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo". (Romanos 8:23).

Es imposible enfrentar esta tensión sin la obra del Espíritu Santo, quien hace realidad el perdón de pecados obrado por Cristo y da la fuerza para vencer la tentación. También se describe esta tensión en términos del hombre viejo que sigue los deseos de la carne y el hombre nuevo que sigue los deseos del Espíritu Santo.

"En cuanto a la pasada manera de vivir despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad". (Efesios 4:22-24).

La fase negativa de la santificación se caracteriza por la purificación, el abandono del mal, el "vaciamiento" y la fase positiva por el ser llenado del Espíritu Santo, fase conocida con el nombre de plenitud del Espíritu.

La plenitud del Espíritu Santo no es un hecho acabado, sino un proceso continuo que consiste en que el Espíritu Santo toma más y más posesión del creyente, y no en que el creyente tiene más y más Espíritu Santo a su disposición. A medida que el creyente cede algo de sí mismo, el Espíritu Santo toma más de él. El Espíritu Santo es una persona que habita en el creyente, no un poder que se va utilizando por medidas.

El texto principal del cual parte el mandamiento referido a ser lleno del Espíritu Santo se halla en Efesios 5:18, con un texto donde el énfasis está en el vaciamiento y en la santificación.

"El verbo pleroústhe está en tiempo presente del modo imperativo de la voz pasiva. Al estar en presente da a entender que se trata de algo no sólo progresivo, sino continuo y sin ninguna intermitencia, reclamando una dependencia absoluta, en cada momento, del control del Espíritu. Al estar en modo imperativo, indica que no es algo opcional, objeto de una alternativa libre, sino que es resultado de la obediencia a un mandato, a algo que Dios no sólo ofrece, sino que demanda con toda urgencia. Y al estar en voz pasiva, significa que no es que hayamos de tomar más del Espíritu, sino dejar que el Espíritu tome más de nosotros". (4)

En las Sagradas Escrituras se mencionan distintas personas que fueron llenas del Espíritu Santo: Josué (Deuteronomio 34:9); Juan el Bautista (Lucas 1:15); Zacarías (Lucas 1:67); Pedro (Hechos 4:38); los reunidos en Pentecostés (Hechos 2:4); Pablo (Hechos 13:9); en todas estas personas observamos distintas manifestaciones posteriores que dan cuenta de su plenitud. Por ejemplo, Pedro habló con denuedo la palabra defendiéndola ante los sacerdotes (Hechos 4:13), lo que demuestra que estaba lleno del Espíritu Santo (Hechos 4:8). La obra que efectúan es la que prueba de que están llenos. Esta manifestación puede ser muy variada y responde a la soberanía del Espíritu Santo, pero se caracteriza por apuntar siempre al testimonio.

"Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra" (Hechos 1:8).

Lo que en Hechos se menciona como poder, la manifestación del Espíritu Santo que se refleja en muchos milagros y señales, en 1º Corintios 12 es descrito como dones del Espíritu Santo otorgados para edificación del Cuerpo de Cristo, para el testimonio interno y externo.

Si bien los dones son necesarios para el testimonio, no son el testimonio en sí, y muchas veces constituyeron un tropiezo por convertirse en un fin en sí mismo, tal como sucedió en la congregación de Corinto. Es así que los dones dejan de ser una manifestación de la plenitud del Espíritu Santo cuando no responden a una vida guiada por él.

El ser lleno del Espíritu se manifiesta también a través de los frutos en el creyente, observados en su vida particular y en su vida de comunidad. Para el apóstol Pablo los frutos sirven al testimonio de la misma manera que los dones y con más fuerza aún, pues abarcan toda la vida cristiana.

"Mas el fruto del Espiritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vi vivos en el Espiritu, andemos tambien en el Espiritu". (Gálatas 6:22-25).

Estos frutos no son obras forzadas que se originan en el creyente, sino en el Espiritu mismo. Los mencionados no son el único fruto, sino sólo un ejemplo del efecto que produce la habitación del Espiritu Santo en el creyente. En otros pasajes estos frutos son mencionados como buenas obras y enfatizan la vida bajo la dirección del Espiritu Santo, lo que es una nueva manera de vivir, más elevada y santa.

Para su buen uso los dones dependen del amor (1º Corintios 13:1-3), es decir, de una vida guiada por el Espiritu, que es la manifestación de la plenitud del Espiritu. (Efesios 3:14-19). Los frutos no anulan los dones, ni los dones anulan los frutos; por el contrario, ambos son manifestaciones que sirven al propósito del Espiritu, dar testimonio de Cristo.

La plenitud del Espiritu genera consagración y capacidad para el servicio. Ser lleno nunca es un fin en sí mismo, sino que persigue un propósito definido, que es el testimonio. Así podríamos decir que estar lleno del Espiritu es tener poder para vencer el mal y hacer el bien.

El proceso de santificación que abarca el desarrollo de la vida cristiana responde a morir al pecado y resucitar en Cristo como "vaciar" y "llenar" respectivamente. La plenitud es parte de la santificación porque al producirse el vacío en el creyente, el Espiritu toma más lugar aún. Todo consiste en morir al pecado.

Esta obra de santificación termina con la muerte total del creyente para resucitar en la plenitud del Espiritu, en total santidad, sin tensión alguna entre la carne y el Espiritu. Esta obra de santificación se manifestará en

el día de la resurrección donde el Espíritu Santo habrá santificado al ser en su totalidad.

"Ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es". (1º Juan 3:2).

La obra de santificación sólo puede realizarse en el espíritu, ya que operada a nivel mental, emocional o en la voluntad humana, es una simple exigencia a dejar lo malo y hacer lo bueno, sin el poder del Espíritu.

APLICACION

En la conversión, el creyente es separado del mal y consagrado a Dios, y allí comienza su santificación que durará hasta la venida de Cristo. Este proceso comprende el vaciarse del pecado que hay en el creyente dando lugar a que el Espíritu Santo tome cada vez más de su ser. La plenitud del Espíritu Santo a su vez se hace manifiesta en el creyente a través de los frutos que no son obras forzadas, sino que provienen del Espíritu y coronan su vida cristiana.

Saber esto es de suma importancia para tomar conciencia de lo que Dios opera en el creyente, y para conocer la voluntad de Dios para con sus hijos; y además, para que cada creyente pueda observar su propia vida de santificación, ver dónde se encuentra y vivir de una manera agradable a Dios.

"Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios". (Colosenses 1:10).

La santificación es la continuación de la obra salvífica de Dios en el creyente. No culmina en la conversión, sino que se extiende a lo largo de toda la vida.

GLORIFICACION

La obra de glorificación que realiza el Espíritu Santo se comprende a partir del carácter escatológico del mismo. La venida del Espíritu Santo en Pentecostés inaugura lo que llamamos "los últimos tiempos", hasta la venida de Cristo en gloria.

"En los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne..." (Hechos 2:17).

Cristo glorifica al Padre y el Padre glorifica a Cristo. El Espíritu Santo glorifica a Cristo tomando de lo que es de él, y haciéndolo saber a los creyentes.

"El me glorificará (el Espíritu); porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber". (Juan 16:14-15).

El Espíritu Santo viene después de la glorificación de Cristo, la cual es la manifestación de lo que seremos.

"Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él, pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado". (Juan 7:39).

"Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos". (Romanos 8:29).

La glorificación de Cristo se completa en su resurrección y en su regreso al Padre, manifestación de lo que también se rá la glorificación del creyente: resurrección y vida junto al Padre.

"Mas ahora Cristo ha resucitado de los muertos, primicias de los que durmieron es hecho". (1º Corintios 15:20).

"Ahora pues, Padre, glorifícame tū al lado tuyo, con aque lla gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese". (Juan 17:5).

El Espíritu Santo es quien hará realidad la glorificación en la vida del creyente, gloria que ya se manifiesta por la habitación del Espíritu Santo y su obra de hacer morir al pe cado y resucitar en Cristo.

"Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Je sús, mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cris to Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros". (Romanos 8:11).

"Porque si fuimos plantados juntamente con él en la seme janza de su muerte, así también lo seremos en la de su re surrección". (Romanos 6:5).

El creyente vive en una tensión entre lo que ha de ser y lo que es, conectado por el Espíritu Santo, que a su vez lo transforma de gloria en gloria conforme a la imagen de Cris to. Es decir, en la conversión el creyente es glorificado por su fe en Cristo, y a partir de ese estado declarado, es glorificado día tras día por la muerte al pecado y la re surrección en Cristo, hasta la manifestación última en la se gunda venida.

"Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó". (Romanos 8:30). (Estado de glorificación).

"Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor". (2° Corintios 3:18). (Proceso de glorificación).

Las primicias o arras del Espíritu Santo (Romanos 8:23; Efesios 1:13-14), son la experiencia de la gloria naciente por la que el creyente es justificado y poco a poco transformado a la imagen de Cristo hasta el día en que se asimilará al Cristo de gloria por la fuerza de la resurrección.

El estado final de glorificación es la participación en la gloria de Dios, superior a la que se experimenta ahora.

"Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse". (Romanos 8:18),

"Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria". (2° Corintios 4:17).

APLICACION

Conocer la obra de glorificación del Espíritu Santo es tener la seguridad total de la salvación. Las primicias de la glorificación venidera es el mismo Espíritu Santo que crea en el creyente la conciencia de su futuro junto al Padre. La obra del Espíritu no es de compañía en

esta vida, sino un anticipo de la vida después de la resurrección. Glorificación es la herencia, pero Dios ha querido darnos el anticipo de la misma. Cada día es un reflejo de la gloria de Dios al resucitar en Cristo.

EL PECADO CONTRA EL ESPIRITU SANTO

El pecado contra el Espíritu Santo es la blasfemia.

"Por tanto os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, mas la blasfemia contra el Espíritu no será perdonado". (Mateo 12:31). Ver también Marcos 3:29 y Lucas 12:10.

La blasfemia refleja un estado de total corrupción del hombre (Mateo 12:33-34), el cual teniendo pruebas concretas de la verdad (Mateo 12:22-28), se niega a aceptarlas (Mateo 12:38-39).

Este pecado es imperdonable porque al rechazar el Espíritu Santo, se rechaza la salvación, puesto que él hace realidad la obra de Cristo en el hombre.

Tras largos años de discusión no se ha logrado acuerdo respecto de quién comete este pecado, si el incrédulo o el creyente que apostata de su fe, pero sea cual fuere el caso, el énfasis está puesto en el resultado que este rechazo produce: *la condenación eterna*. Lo que sí queda claro es que el creyente no comete este pecado.

"¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo, como vuestros padres, así también vosotros". (Hechos 7:51).

El hombre, al ser confrontado con la verdad, se niega a aceptarla rechazando la nueva vida que Dios le ofrece.

Contristar al Espíritu Santo: "Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de redención". (Efesios 4:30).

Se produce cuando el creyente cae en pecado, puesto que desoye la voluntad de Dios que es su santificación (1^o Tesalonicenses 4:3).

Apagar el Espíritu Santo: "No apaguéis al Espíritu Santo". (1^o Tesalonicenses 5:19), (2^o Timoteo 1:6-7).

Cuando el creyente siente vergüenza o cobardía, apaga al Espíritu Santo, pues no confía plenamente en Dios.

EL ESPÍRITU SANTO EN LA IGLESIA

La iglesia, comunidad de los santos, tiene su origen por el Espíritu Santo. En Hechos 2 se relata la venida del Espíritu en la fiesta de Pentecostés, y el origen de una comunidad que se caracteriza: a) porque sus integrantes poseen el Espíritu Santo, y b) porque predicán el mensaje del Cristo crucificado y resucitado para la salvación del mundo.

El origen de la iglesia como comunidad de los santos es espontáneo. No existe una frase en el Nuevo Testamento que exprese su formación en determinado momento, sino que se da por la simple reunión de los creyentes impulsados por el mismo Espíritu. Cada creyente forma parte de la fa

milia de Dios a partir de su regeneración y bautismo en el Espíritu Santo.

No existe ingreso, pero sí pertenencia, si bien la iglesia necesita de una declaración visible de los creyentes (bautismo).

"Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu". (1º Corintios 12:14).

Es así que la comunión entre los creyentes se da a partir del Espíritu Santo y no necesita ser creada, sino guardada; como tampoco ningún creyente necesita ser ingresado, pues el Espíritu Santo lo añade automáticamente.

"...Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos". (Hechos 2:47).

"Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos". (Efesios 4:3-6).

La iglesia hace suya la misión de Dios: salvar al hombre por la fe en Cristo Jesús hecha realidad por el Espíritu Santo. Al entender correctamente la salvación como un acto permanente de Dios, se comprende que la labor de la iglesia no es sólo llevar el mensaje del Cristo glorificado a los que aún no le conocen, sino también a los que ya son creyentes, para que sean santificados y sigan siendo salvados. El Espíritu Santo da testimonio de Cristo a todos. A los que no creen los convence de pecado, justicia y juicio, y a los que creen los santifica en la misma obra de morir al pecado

y resucitar en Cristo. La obra de la iglesia es aceptar el mensaje y atenerse fielmente al mismo.

"El Espíritu Santo dispone, ante todo, de una comunidad especial en este mundo, que es la madre, pues ella engendra y mantiene a todo cristiano mediante la palabra de Dios que él mismo revela y enseña, iluminando y encendiendo así los corazones, a fin de que la capten y la acepten, se acojan a ella y en ella permanezcan". (5)

Para esta obra de testimonio el Espíritu Santo utiliza a la iglesia como instrumento, y a cada creyente lo provee de dones con el propósito de que coopere en la edificación del cuerpo de Cristo.

"La iglesia es obra e instrumento, signo y testimonio del Espíritu que la llena... Los creyentes son edificados y edifican ellos mismos el edificio espiritual. Otro construye de nosotros y con nosotros". (6)

En el libro de los Hechos, donde se relatan los inicios de la iglesia y su extensión, se puede observar cómo el Espíritu Santo la capacita, gobierna, elige a sus servidores (Hechos 13:2), sostiene, acompaña (Hechos 16:6-7), inspira y provee para su engrandecimiento (Hechos 9:31). La iglesia guiada por el Espíritu Santo es el agente de Dios en el mundo; de eso es consciente y por eso su dirección responde exclusivamente al Espíritu.

Además de la existencia de la iglesia, el libro de los Hechos relata también su vida interna. Los creyentes se caracterizaban por su comunión, preocupación mutua, oración, partimiento del pan, estudio de la palabra y adoración (Hechos 2:41-47 y 4:32-35). En los escritos de Pablo, la iglesia se encuentra más organizada, tiene líderes, ancianos, y muchos otros dones que el Espíritu le provee a medida que va creciendo. Surgen también los primeros problemas y las exhortaciones a una vida de santificación.

La iglesia es creación del Espíritu y por ello está bajo su dirección. El Espíritu no es la iglesia, ni existe una iglesia que llame al Espíritu a habitar en ella después de formada. La existencia y permanencia de la misma depende pura y exclusivamente de Dios, su creador.

EL ESPIRITU SANTO Y LA MISION

La misión de Dios, la salvación del hombre, es concebida desde la misma caída del hombre en pecado. A través de la historia, el pueblo de Dios es salvado por su promesa (Antiguo Testamento). En Cristo la salvación del hombre toma forma y habita en el mundo, y a partir de la venida del Espíritu Santo, la misión de salvar al hombre queda en manos del Espíritu y de la iglesia como su instrumento.

"Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí. Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio". (Juan 15:26-27).

"Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra". (Hechos 1:8).

El Espíritu Santo da testimonio de Cristo (Juan 16:7-15) haciendo realidad su obra en la vida del hombre. Convierte, santifica y glorifica al creyente y por ende a la iglesia que es así el resultado de la misión del Espíritu y a su vez el instrumento de la misma, por su propio testimonio.

El testimonio, *martyrion*, del verbo *martyreo*, es la salvación de Dios obrando en el creyente. No es hablar de

Dios, sino de lo que Dios hace en el creyente. No es impersonal, es particular. No es conocimiento acerca de Dios, sí no vida en el Espíritu. El testimonio es la palabra de Dios que suena a través de un instrumento humano. Es tanto para los creyentes para santificación, como para los no creyentes para conversión. Se puede resumir la misión como sembrar, hablar, dar testimonio de Cristo en nuestras vidas.

Tanto la iglesia como la misión son producto del Espíritu Santo, y ninguna de las dos es un fin en sí misma. Hacer misión por hacer misión, o ser iglesia por ser iglesia no tiene razón de ser. La iglesia sin misión es sólo un grupo de personas reunidas, y la misión sin iglesia es una tarea sin objetivo. Si bien esto es un absurdo, surge cuando se introduce una separación entre iglesia y misión, que en realidad son una unidad en el Espíritu.

La iglesia recibe su capacitación para la misión por medio de los dones que provee el Espíritu para el testimonio mediante el cual es edificado el cuerpo de Cristo. Los dones responden junto con la iglesia a la misión encomendada por el Espíritu.

Misión es el testimonio del Espíritu Santo acerca de Cristo Jesús para la salvación del mundo.

EL ESPIRITU SANTO Y LOS DONES

Los dones espirituales, llamados también carismas, son dados por Dios al creyente por medio del Espíritu Santo (1° Corintios 12:7). El Espíritu reparte a cada creyente como él quiere (1° Corintios 12:11). Cada miembro tiene un don, que utilizado separado del cuerpo no es de provecho, pero que utilizado en el cuerpo es de provecho tanto para el que lo posee como para todo el cuerpo. Sólo en el servicio y en la edificación se produce el crecimiento. Este crecimiento

se opera hacia adentro en la relación con Dios y los creyentes, y hacia afuera por el testimonio a los no creyentes.

"¿Qué hay, pues, hermanos? Cuando os reunís, cada uno de vosotros tiene salmo, tiene doctrina, tiene lengua, tiene revelación, tiene interpretación. Hágase todo para edificación". (1°Corintios 14:26).

Todos los dones necesarios están en el cuerpo de Cristo, ya que la misma manifestación del Espíritu tiene un carácter funcional y práctico, en pro del mismo.

El Espíritu Santo provee los medios para la edificación de la iglesia y de cada miembro en particular. Este proceso de santificación es un testimonio en palabra y servicio para el pueblo de Dios (1°Pedro 4:10), como para el mundo (1°Corintios 14:21-25), y debe encontrarse en equilibrio.

En diferentes pasajes bíblicos se menciona una variada lista de dones: Romanos 12:4-8; Efesios 4:11; 1°Corintios 12:8-10. Estos dones se pueden reunir en dos grupos: *los referentes al ministerio de la palabra* (profecía, enseñanza, exhortación, lenguas) *y los referentes al ministerio del servicio práctico* (milagros, santidad, diaconía). Algunos dones son mejores que otros y Dios nos exhorta a procurarlos (1°Corintios 12:31); por ejemplo: el don de profecía es mejor que el don de lenguas (1°Corintios 14:5), pero ningún don es para alimentar el orgullo personal, ya que todos son importantes y necesarios (1°Corintios 12:19-25). Y todo lo que se hace, se hace para la gloria de Dios.

Dios nos muestra un camino más excelente: el amor. Puede existir dones sin amor, pero los tales no sirven (1°Corintios 13:1-3). Por lo tanto, la posesión de dones en el cuerpo de Cristo no es una garantía de espiritualidad. La congregación de Corinto es un claro ejemplo del mal uso de los dones a causa de la falta de espiritualidad (1°Corin

tios 3:1-3). En una búsqueda carnal de los dones, o en un aprovechamiento personal se pierde de vista la santificación, voluntad de Dios para la vida cristiana.

Existen otras manifestaciones de poder que no proceden del Espíritu Santo y que se parecen mucho a los dones espirituales (Mateo 7:22-23). Para reconocerlas Dios proveyó a su iglesia del don de discernimiento de espíritus (1°Corintios 12:10). Sólo el conocimiento de Dios y el conocimiento de los dones permite al creyente identificar las manifestaciones y saber si provienen de Dios, si testifican a Cristo y sirven para edificación (1°Corintios 12:1-3).

Respecto de los dones milagrosos o sobrenaturales (don de lenguas, sanidad, milagros), la historia de la iglesia demuestra que muchas veces hubo movimientos hacia un extremo u otro. Algunos rechazan estas manifestaciones circunscribiéndolas a la iglesia en sus inicios. Para otros aún existen en la actualidad. El Espíritu es soberano para darlos cuando y a quien él quiera, incluso los dones que él de see. Todos los dones son sobrenaturales por provenir de Dios.

Sólo por medio del Espíritu Santo los dones encuentran su significado en unión a la iglesia.

EL ESPIRITU SANTO Y LOS MEDIOS DE GRACIA

LA PALABRA DE DIOS

Dios se revela al hombre dando testimonio de su existencia y voluntad para con éste; y en favor de la comunicación con el hombre, utiliza la palabra.

Si bien Dios se revela en la naturaleza y en la misma conciencia del hombre, esta revelación pierde su eficacia a partir de la caída del hombre en pecado, momento en que toda la creación cae bajo la ira de Dios y sólo sirve para mostrar al ser humano su culpabilidad.

"Porque lo que de Dios se conoce le es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa". (Romanos 1: 19-20).

"En las edades pasadas él ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos; si bien no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones". (Hechos 14:16-17). Ver también Hechos 17:26-27.

Es así que la revelación de Dios en la naturaleza y en la conciencia del hombre se convierte en un testimonio acusador y no en un testimonio para la salvación del hombre. Por ello Dios se revela al hombre bajo distintas formas acompañadas por la palabra. En teofanías o manifestaciones visibles (Exodo 3:2; 33:9; Salmos 78:14; 99:7); en medio de vientos impetuosos (Job 38:1; Salmo 18:10-16); en el silbo suave y apacible (1º Reyes 19:12), en el ángel de Jehová (Génesis 16:13) y en sueños y visiones (Números 12:6; 27:21; I saías 6).

Es de notar que la palabra se convierte en la forma de revelación de Dios aun en los sueños y visiones. Dios habla para darse a entender. Aun los milagros se operan por la palabra.

"Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos pos-

treros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo". (Hebreos 1:1-2).

La palabra de Dios se hace carne (Juan 1:18) y habita entre los hombres dando testimonio de sí como el Hijo de Dios, quien habla palabras venidas del Padre.

"Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió, da testimonio de mí". (Juan 8:18).

"El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió". (Juan 14:24).

En Cristo, Dios revela su salvación y en él se completa la revelación de su mensaje. El Espíritu Santo revela la salvación de Dios dando testimonio acerca de Cristo, utilizando la palabra. Esta palabra fue hablada en el Antiguo Testamento y en el Nuevo Testamento por los profetas y apóstoles como palabra del Señor (Isaías 43:1; 1º Tesalonicenses 2:13). No es palabra de hombres sino de Dios, revelada por el Espíritu Santo.

"Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; por que el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios". (1º Corintios 2:10).

Surge así la palabra escrita, con el fin de preservar y transmitir el testimonio del Espíritu Santo acerca de Cristo, y por la misma iniciativa del Espíritu.

"Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero. Y hay también muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mun-

do cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén".
(Juan 21:24-25).

"Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero estas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre". (Juan 20:30-31).

La palabra escrita es creada por el Espíritu Santo a través de la inspiración de sus escritores. No contiene toda la revelación de Dios, sino la necesaria para la salvación del hombre.

"Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia". (2º Timoteo 3:16).

"Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo". (2º Pedro 1:21).

El término Theopneustos, soplo de Dios, acredita el origen divino de la Escritura y/o profecías a través del hombre. El hombre es inspirado y así también la Escritura. La palabra escrita es el medio de revelación utilizado por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es la palabra de Dios misma y la Escritura es el medio que adopta para expresarla. En tanto se encuentren unidos, la Escritura es la palabra de Dios.

El Espíritu Santo no da nuevas revelaciones, ya que la revelación está completa en Cristo; sólo atestigua acerca de Cristo por medio de la palabra.

Así como la palabra de Dios se hizo acción en Jesucris-

to, el testimonio del Espíritu Santo en las Escrituras tiene como propósito hacerse carne en el hombre. Para eso, el Espíritu Santo dirige su interpretación.

El hombre lee o escucha la palabra de Dios, pero en la meditación, en la aplicación a su vida, es donde el Espíritu la hace carne. La palabra de Dios hecha carne es el testimonio del creyente, que también es palabra utilizada por el Espíritu para revelar la salvación de Dios: la palabra hablada por el Espíritu (Romanos 10:10; 2°Corintios 4:13; 1°Juan 1:1-3).

Vemos que la palabra es el medio utilizado por el Espíritu, pero no sólo en la forma de la palabra escrita (la Biblia), que sí bien es la base del testimonio, no limita al Espíritu a actuar sólo a través de ella, ya que es libre para hacerlo cómo, cuándo y dónde él quiere. La palabra hablada debe ser juzgada a partir de la palabra escrita, que es un testimonio más eficaz, pero en el Espíritu Santo. En la Biblia se habla de probar los espíritus (1°Juan 4:1-2).

El Espíritu Santo obra por la palabra escrita como la base del testimonio acerca de Cristo; y a su vez, esta palabra sólo es eficaz por el Espíritu Santo (1°Tesalonicenses 1:5).

Así el Espíritu Santo es autor de la palabra escrita, pero sin estar subordinado a ella, sino que actúa por medio de ella por libre voluntad como lo hace a través de otros medios, siempre relacionados con el hombre.

"El Espíritu aislado puede convertirse en mito, como la exaltación de la palabra aislada, puede también venir a parar en mito". (7)

Dios se revela por la palabra. Cristo es la encarnación de la palabra. El Espíritu Santo da testimonio de la palabra escrita. La palabra escrita origina la palabra hablada

y la palabra visible.

Respecto de la iglesia, la Biblia es testimonio de la revelación de la voluntad de Dios y por lo tanto un medio utilizado por el Espíritu Santo para el testimonio interno y externo.

LOS SACRAMENTOS

EL BAUTISMO

El bautismo indica el acto de lavar o sumergir en el agua, que ha sido usado desde los primeros días como señal de iniciación cristiana (Hechos 2:41).

El significado apunta a la muerte y resurrección, y su idea principal está en el ahogamiento de la vida antigua y el emerger a la nueva vida (Romanos 6:3 y sigtes.). El bautismo es la identificación con Cristo; es la palabra que nos dice que Cristo murió y resucitó en nuestro lugar, de tal forma que morimos y resucitamos en él. (Romanos 6:4,11).

Está orientado hacia tres respuestas: Conversión, arrepentimiento de nuestros pecados y fe en Cristo (Gálatas 2:20); Santificación, hacer morir diariamente al hombre viejo y resucitar al hombre nuevo (Efesios 4:22 y sigtes.); y Glorificación, muerte y resurrección final del cuerpo (1º Corintios 15).

La obra de Cristo es el verdadero significado del bautismo; olvidarse de ello lo convierte en rito mágico.

La gracia que confiere el bautismo radica en la obra de Cristo, en la operación del Espíritu Santo, haciéndola realidad en la regeneración, y en la confirmación y certificación de la obra de Jesucristo en unión con la palabra escrita, como parte del testimonio del Espíritu.

El bautismo es la promulgación visible del evangelio, y comunica la misma comunión con la obra de Cristo en su significado, relacionando al hombre con Cristo por medio de la fe, por lo que para su comprensión requiere la acción del Espíritu Santo por la palabra.

"De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de carne, carne es, y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es". (Juan 3:5-6).

"Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador". (Tito 3:5-6).

El bautismo en agua es precedido por la fe en Jesucristo y recepción del Espíritu Santo, y es una confirmación y certificación del hecho y la entrada a la comunión con Dios y la iglesia.

"Y yendo por el camino, llegaron a cierta agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿iqué impide que yo sea bautizado? Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". (Hechos 2:36-37).

Es así que el sacramento del bautismo, al comunicar la gracia de Dios, lo hace sólo por la acción del Espíritu que lo utiliza como canal de testimonio acerca de la muerte y resurrección de Cristo. Es la palabra visible.

SANTA CENA

En la cena del Señor hay una verdadera relación de comunión con la resurrección de Jesús a través de la comunión

con su muerte (Juan 6:51; 1°Corintios 10:16). La comunión es tan real que el pan y el vino son el cuerpo y la sangre de Cristo (Marcos 14:22; Juan 6:53). Pero es sólo por el Espíritu Santo que el pan y el vino al ser tomados por la fe, comunican la realidad que representan, la obra expiatoria de Cristo.

Sólo por fe se recibe a Cristo, y la fe está ligada a la palabra, por lo que la cena no comunica nada si no es con la palabra, y la palabra no comunica nada sin el Espíritu Santo. Al participar por el Espíritu Santo en el cuerpo de Cristo, los miembros son confirmados en la muerte de Cristo y su resurrección, como estímulo para ofrecerse ellos mismos a Dios en la santificación. En la santa cena el creyente entra en comunión con la obra de Cristo por medio del Espíritu Santo, quien le comunica la gracia de Dios.

Ni la palabra (Biblia o testimonio hablado), ni los sacramentos actúan automáticamente. Si no lo hacen en unión con el Espíritu Santo carecen de sentido.

"Dios se liga por el Espíritu a la palabra y a los sacramentos, pero no lo hace en razón de una ley de la iglesia, sino en razón de su propia libertad; no en razón de un derecho de la iglesia, sino en razón de su gracia libre; no en razón de un poder de la iglesia, sino en razón de su fidelidad". (8)

Dios ha querido revelar al hombre su salvación en Cristo Jesús por medio del Espíritu Santo. Para ello ha utilizado la palabra como instrumento, y para mejor testimonio la ha expresado por escrito a través de hombres inspirados por la obra del Espíritu Santo. A partir de esta revelación, el hombre tiene un testimonio concreto y palpable de Cristo que el Espíritu encarna en su ser.

La palabra escrita (Biblia), hablada (predicación, testimonio, etc.), visible (sacramentos) con el Espíritu Santo,

son medios que Dios utiliza para llegar al hombre, mas el Espíritu Santo es libre de revelar el mensaje cómo, cuándo y dónde él quiere. Testimonio de ello es el testimonio de cada uno acerca de su conversión. Limitarlo a determinados medios es detener su testimonio acerca de Cristo, y la obra de salvación del hombre.

EL ESPIRITU SANTO Y LA ADORACION

Aclaremos que tanto la adoración como la oración son el resultado de la acción del Espíritu Santo en el creyente.

La adoración es la expresión que la persona hace acerca de su fe en Dios. Se diferencia del testimonio porque se dirige hacia Dios, y el testimonio hacia los demás surge en forma natural.

La adoración diaria del creyente es una necesidad en su vida que se expresa también en el cuerpo de Cristo. Muestra la comunión con Dios y con los demás creyentes en el Espíritu Santo.

A partir de Juan 4:20, Lucas 14:20 y Colosenses 2:16 se plantean diversos problemas de adoración respecto del lugar, el tiempo y el modo. Cristo responde: "*Al Señor tu Dios a dorarás y a él solo servirás*". Esta respuesta demuestra que el enfoque de la adoración ante tales problemas ha sido erróneo: busca agradar a los hombres (show) y no a Dios.

La libertad que trae el Espíritu en Cristo, que quita los intermediarios en nuestra relación con Dios para acercarnos a él y hacernos sacerdotes, hace que la adoración no se limite a formas, días, ni lugares.

La adoración es libre expresión de los dones para edificación del cuerpo de Cristo. Libertad no es desorganiza-

ción ni desorden (1°Corintios 14:40), sino equilibrio y amor.

Así como la salvación abarca al hombre en su totalidad, y el Espíritu así lo entiende, la adoración es una respuesta del hombre en su totalidad: espíritu, mente, emoción, voluntad y cuerpo (1°Corintios 14:15).

La adoración es válida si nace en el Espíritu ya que él es la presencia de Dios.

EL ESPIRITU SANTO Y LA ORACION

La oración es la comunicación con Dios a través del canal que Dios abre al creyente por medio del Espíritu Santo. El Espíritu es nuestro Paracleto en nosotros y Cristo nuestro Paracleto junto al Padre y ambos interceden por nosotros. La oración es comunión con Dios, que necesita de la fe para su realización. El hombre reconoce su dependencia de Dios en todos los aspectos de su vida.

La oración es indispensable para una vida guiada por el Espíritu, ya que busca el conocimiento de la voluntad de Dios, le agradece, alaba, etc., por lo que involucra todo el ser (1°Corintios 14:15). El Espíritu Santo enseña al creyente a orar, quien no sabe pedir como conviene (Romanos 8:26-27) y lo ejercita espiritualmente a través de ella.

La oración es una característica del creyente que vive en el Espíritu.

APLICACION

La iglesia no es creación humana, sino creación divina. La iglesia no es un conjunto de personas de intereses seme-

jantes, ni tiene su origen en el hombre mismo, por lo cual no responde a intereses humanos sino a un propósito divino.

El creyente comienza a vivir una nueva vida, en una nueva comunidad cuyo propósito es la santificación. Ha sido de clarado santo y es santificado día tras día. La iglesia que descuida su esencia, descuida su obra y no sabe qué hacer. Si no es la santa iglesia cristiana, difícilmente hallará en la santidad su razón de ser. Quien no es santo, no es de la comunidad, porque no se ajusta a la cabeza, esto es a Cristo.

La misión de la iglesia se proyecta hacia sus miembros en la santificación o continuidad de la salvación, y hacia los no creyentes en la conversión o inicio de la misma. Misión es una sola tarea: dar testimonio de Cristo para conversión o para santificación. La obra es la misma y nunca acaba. Ver la misión solamente hacia "adentro" hace a la iglesia una cápsula de santurrones que no comprendió su salvación, ni la valora como para compartirla con "los de afuera".

Quien ve la misión sólo "hacia afuera", tampoco comprende la salvación, ya que cree que todo consiste en aceptar a Cristo y allí acaba. El equilibrio es muy difícil. Por eso existen iglesias que se dedican exclusivamente a cuidar la salvación y otras que se dedican a comunicarla solamente. Cuando la misión de la iglesia se entiende en términos humanos equivale al simple hecho de continuar con la ideología. Los intereses eclesiásticos pretenden sólo el crecimiento numérico. Quien entiende el amor de Dios, permite que uno siembre, otro siegue, y que Dios dé el crecimiento más allá de sus intereses de "ganar" a alguna persona para su denominación.

La misión humana o eclesiástica está llena de problemas, miedos y faltas. La misión del Espíritu es natural, él mismo provee los dones, mueve, capacita. La iglesia es instrumento del Espíritu Santo.

Los medios que utiliza el Espíritu Santo son muchos y variados y parten de las Sagradas Escrituras como obra principal de preservación del mensaje. Muestran a Cristo como Salvador en tanto están unidos al Espíritu Santo. Separados de él, la palabra escrita, los sacramentos, son sólo elementos mágicos que no apuntan a Cristo, sino a sí mismos.

Lo mismo sucede con los dones. Sin la dirección del Espíritu Santo, son un fin en sí mismos y no sirven al propósito del testimonio interno y externo: edificación del cuerpo de Cristo.

El Espíritu Santo guía la adoración hacia Dios que efectúa la iglesia. Crea la comunión con él, con su presencia. Esto permite el encuentro con Dios de todos y cada uno con la participación de sus dones.

Así también la oración es una expresión de la dependencia de Dios, una manifestación de la vida en el Espíritu Santo.

La iglesia no es una institución humana, es la comunidad de creyentes que dan testimonio de la presencia de Dios en la tierra.

ENFOQUE HISTORICO DE LA PERSONA

Y LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO

PERIODO APOSTOLICO

La iglesia en esta época fue plenamente consciente de que se encontraba bajo la guía del Espíritu Santo, y de estar llena de sus dones.

Los Hechos de los Apóstoles nos muestran cómo los apóstoles y las primeras comunidades cristianas fueron dotados con el Espíritu Santo para la misión. Así leemos a Pablo cuando instruye sobre el buen uso de los dones conferidos por el Espíritu Santo a los creyentes. Más adelante Clemente de Roma recuerda estos dones y pide que cada uno separe los de su prójimo.

El don del Espíritu del cual más se habla es el de profecía. San Justino afirma aún por el año 150 que el don más destacado es el de la profecía.

Podemos observar en este primer gran paso de la iglesia cristiana la importancia que se le asignaba al Espíritu Santo. El estaba presente en la adoración, en la comunión, en la misión, en la vida de santificación individual, en los frutos y en los dones.

PERIODO POST-APOSTOLICO

Hasta finales del siglo II la iglesia tuvo muy en cuenta la presencia y actuación del Espíritu Santo en su seno. El don que se destaca es el de la profecía, si bien no se descartan los demás dones espirituales. Adquieren gran relevancia los obispos como "hombres espirituales", guiados por el Espíritu y que reciben carismas, especialmente de conocimiento y enseñanza.

Esta abundancia de dones y el papel destacado de la profecía contribuyeron a que se le prestara atención a Montano, cuando por el año 172 comenzó a profetizar. Los puntos básicos de la doctrina montanista estaban centrados en la comunicación directa que ellos decían recibir de Dios. Así ellos se consideraban el receptáculo viviente del Paraclete y su encarnación, llevaban una vida extremadamente ascética y decían que la verdadera iglesia se reconoce por el éxtasis, los sobresaltos y las convulsiones producidas por el Espíritu.

La iglesia tenía que rechazar esta nueva profecía, pero corría el peligro de concebir y edificar su propia vida sin dones y sin Espíritu Santo. Gracias a Dios la iglesia no cayó en este peligro ; antes bien, quedaron registrados tes timonios de la operación del Espíritu Santo, por ej. en las palabras de Orígenes (año 248), quien afirma: "*Siempre exis ten entre los cristianos huellas de este Espíritu Santo que apareció bajo la forma de la paloma. Ellos expulsan los es piritus malos, realizan curaciones, ven con antelación de terminados acontecimientos según la voluntad del logos". (Contra Celsum I,46). (9)*

En contra de los que para combatir el montanismo supri mían hasta el cuarto Evangelio, Ireneo lo reafirma a la vez que realza la actuación del Espíritu en la iglesia. El pen samiento general de la época sobre la actuación del Espíri tu Santo lo resume de la siguiente manera:

"(Fe) recibida de la iglesia y que guardamos; (fe) que siempre bajo la acción del Espíritu de Dios, como un licor añejo conservado en vaso de buena calidad rejuvenece y hace, incluso, rejuvenecer el vaso que la contiene. La iglesia, en efecto, se sabe depositaria de este don de Dios, así como Dios ha confiado el soplo a la carne modelada para que todos los miembros reciban la vida de ella; y en este don estaba contenida la intimidad del don de Cristo, es decir, el Espíritu Santo. Dios ha establecido en la iglesia los a pōstoles, los profetas, los doctores y todos los medios dē operación del Espíritu; de los que no participan quienes no pertenecen a la ecclesia (...). Porque donde está la iglesia (ecclesia), allí está también el Espíritu de Dios, allí está la iglesia y toda gracia. Y el Espíritu es la Verdad" (Adv. Haer, III,241). (10)

Las cosas cambiaron a partir de la Paz de Constantino. Si bien hubo una cierta mejoría exterior, pues cesaron las per secuciones, los Padres de la época lamentan la situación. Los dones extraordinarios y milagrosos parecen darse con me

nos abundancia en esta época.

EN LOS CREDOS

Pasaron muchos años hasta que la iglesia consiguió volcar en los Credos su confesión de fe. Y cuando esto se produjo, la parte correspondiente al Espíritu Santo apareció sólo como un agregado, sin mayores explicaciones. Al menos fue así hasta la redacción del símbolo niceno-constantinopolitano.

Todavía en la época post-apostólica Hermas decía que: "*el Espíritu Santo es el Hijo de Dios*" (cf. *Pastor*, cc. 41, 58, 59, 5-6, 78, 1). (11). Por el mismo tiempo San Justino presenta fórmulas que parecen identificar al Espíritu Santo con el logos. Igual confesión presenta el símbolo de Sárdica del año 343, pero ya a partir de esa fecha se profesó una fe trinitaria en la celebración del bautismo, lo que indicaba que se pensaba en tres personas.

El Credo Apostólico sólo expresaba la frase "y en el Espíritu Santo", en tanto que el de Nicea, formulado en el año 325, se preocupó por comprobar la divinidad de Cristo, contra los arrianos, y no presentó ninguna aclaración sobre el Espíritu Santo.

Finalmente el concilio ecuménico convocado en la ciudad de Constantinopla por los emperadores Graciano y Teodocio I reunió a 150 obispos y completó la fe de Nicea sobre el artículo del Espíritu Santo. Así, el símbolo niceno-constantinopolitano, redactado en el año 381, expresaba lo siguiente: "*Señor, vivificador, procedente del Padre, objeto de la misma adoración y de la misma gloria con el Padre y el Hijo*" (Texto en: *Enchiridion Symbolorum*, Barcelona, Herder, 1976). (12). Pero la discusión sobre el Espíritu Santo no terminaría allí. La cuestión del Filioque, o sea del Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo, comenzaba a ser te-

ma de malestares entre la iglesia católica griega y latina. A partir del siglo VII los concilios profesaban esta fe sostenida ya con anterioridad por los papas y el Credo Atanasiano acorde al pensar de la iglesia latina, pero contraria a la sostenida por la iglesia griega que afirmaba que el Espíritu Santo provenía sólo del Padre. Así se sucedieron reuniones y concilios con miras a lograr el acuerdo en este punto sobre el Espíritu Santo, pero todo fue en vano. En el año 1054 la iglesia católica romana y la iglesia católica griega se separan por no poder solucionar entre otros, este problema respecto de la procedencia del Espíritu Santo.

EN LA EDAD MEDIA

Las bases doctrinales acerca del Espíritu Santo estaban formuladas. Gran parte del período fue dedicado por la iglesia católica romana y católica griega a discutir y comprobar si el Espíritu Santo procedía del Padre o del Padre y del Hijo.

Lamentablemente, las formulaciones teológicas acarrearón más problemas de los que solucionaron. Mientras las altas esferas eclesiásticas discutían estas cuestiones, no había cabida para la actuación del Espíritu.

El Espíritu tenía su lugar en la iglesia. La liturgia sagrada expresaba un movimiento de Dios hacia el creyente y del creyente hacia Dios, por lo que se pedía la presencia del Espíritu en toda celebración, para que esté presente y activo. Además el Espíritu actuaba en los sacramentos.

Se deben también a esta época las poesías e himnos al Espíritu Santo usados aún hoy en el misal romano. Por los Siglos X, XI y XII hubo una revalorización de la fiesta de Pentecostés y una mayor atención al Espíritu Santo.

Durante esta misma época se creía que el Espíritu actuaba en la historia, suscitando cosas nuevas, por ejemplo en la cantidad de órdenes religiosas que surgieron. Se admite la función del Espíritu Santo en la animación del cuerpo de Cristo, la iglesia, la distribución en él de diversos dones dados a los miembros para la utilidad común.

La vida de la iglesia de la Edad Media transcurrió entre la falta de vitalidad en la presencia del Espíritu y la alarma por los efectos extremos en la actividad del Espíritu. Así, por temor a estos efectos la iglesia medieval a menudo limitó y dejó de tener en cuenta al Espíritu Santo.

EN LUTERO

Lutero entiende que el Espíritu Santo es la tercera persona de la Trinidad, no una causa trascendente, tampoco una fuerza sobrenatural que viene de Dios, no una sensación mística de Dios, sino la real presencia de Dios, el mismo Dios personalmente.

"Estas palabras testifican y prueban que el Espíritu Santo no es un espíritu común, una criatura o algo aparte de Dios dado ahora al hombre, ni solamente la obra que realiza en nuestros corazones, sino que él es el Espíritu quien es esencialmente Dios mismo, quien ha sido enviado del Padre, que no es creado o hecho sino que es Uno que procede del Padre y ha sido enviado también por el Hijo..." (13)

El Espíritu Santo es inseparable de Cristo. Cristo sin el Espíritu es sólo una idea de Cristo, un Cristo místico y no la real presencia de Cristo. Sin él, el mensaje de Cristo es ley-letra-idea en contraposición a evangelio-Espíritu-experiencia.

"Sólo el Espíritu Santo diferencia la fe histórica en

Cristo de la fe justificante, ya que la primera, hasta los mismos demonios la poseen". (14)

"Este es el oficio y obra del Espíritu Santo: revelar a través del evangelio qué grandes y gloriosas cosas Dios ha hecho por nosotros a través de Cristo, que él nos ha redimido del pecado, muerte y poder del diablo, que nos ha tomado bajo su gracia y protección y se ha dado a sí mismo totalmente por nosotros". (15)

La diferencia entre Cristo y el Espíritu Santo hace posible la distinción entre Cristo idea y realidad.

La obra del Espíritu Santo es difundir el amor de Dios en el hombre por medio del "odium sui", la autonegación, un poder que crea un conflicto interno en el ser humano caracterizado por la aceptación del juicio condenatorio de Dios como el juicio propio. Esta infusión de amor es la real conformidad a Cristo en su muerte y resurrección por medio de la fe, por la cual el Espíritu Santo realiza su obra destructora y a la vez creadora.

Esta fe hace realidad a Cristo y su redención, ya que no es una experiencia natural (del hombre), sino una experiencia verdadera, una prueba de realidad en oposición a un sueño, palabra o fantasía. La fe como recepción de Cristo precede a la venida del Espíritu Santo y su obra de consolar, santificación e iluminación.

Iluminación no es otra cosa que el comienzo de la voluntad de Dios, no es especulación racional o experiencia propia, sino la destrucción de ambas para dar lugar a la voluntad de Dios. La santificación es una constante repetición de la justificación, cuando una y otra vez el creyente se apropia la justicia de Cristo y condena todo lo suyo. Este proceso constante que se caracteriza por sacar el mal, no es el incremento de la piedad empírica (realidad psíquica, vida cristiana), la cual es un fruto del Espíritu, sino que es un regreso a la obra de Dios.

Respecto de los medios de gracia, Lutero hace una distinción entre palabra externa y palabra interna. La palabra externa es la palabra de las Escrituras ("verbum vocale" o el sacramento) y la palabra interna es la propia voz de Dios por su Espíritu.

"Sin la palabra interna de Dios la palabra externa permanece letra y palabra de hombre". (16)

El Espíritu puede existir sin la palabra, pero para llegar al hombre necesita de ella: así como Cristo se hizo humano para acercarse al hombre, el Espíritu Santo se une a la palabra externa y se revela a través de ella. La palabra interna de Dios no puede separarse de la externa. Es así que el Espíritu Santo no se encuentra nunca independiente de los medios externos.

"Dios quiere dar el Espíritu Santo a través de la palabra y sin la palabra no quiere hacerlo". (17)

"...Puede sin embargo, hacerlo aparte de su palabra, pero no quiere hacerlo de esa manera. ¡Y quiénes somos nosotros para inquirir en la razón de la divina voluntad? Es suficiente para nosotros saber que Dios lo quiere así". (18)

"San Pablo dice que el hombre no puede creer sin haber oído antes (Romanos 10:14). Por esto Cristo llama al Espíritu Santo el que dará testimonio, porque la boca y la palabra se requieren para dar testimonio. Por eso nadie puede esperar hasta que el Espíritu Santo le presente a Cristo personalmente y le hable directamente desde el cielo. El da su testimonio públicamente en el sermón". (19)

Para Lutero, Dios se revela de forma interna por el Espíritu Santo y de forma externa por el evangelio y los sacramentos (signos). Las partes externas vienen primero y las

internas después, dependiendo de las primeras. Los signos que utiliza tienen carácter instrumental por una parte y por la otra revelan a Dios. Dios está sólo en las formas que él ha elegido, para prevenir todo dominio humano al respecto.

En los sacramentos, el Espíritu Santo es quien une la promesa de Dios y el signo haciendo que Cristo esté en verdad presente. A pesar de todo ello, la palabra y los sacramentos no son garantía de la presencia del Espíritu Santo.

Lo que acaba de presentarse es la visión de Regin Prenter en su obra "Spiritus Creator" acerca de los testimonios de Lutero respecto del Espíritu Santo en sus obras.

En el Catecismo Menor, Lutero explica la obra del Espíritu Santo en el tercer artículo referido al Credo Apostólico atribuyéndole la conversión o creación de la fe en el hombre, la santificación diaria, la creación de la iglesia, la validez de la obra de Cristo en la actualidad en el perdón de los pecados, la futura resurrección y la vida eterna. Es de notar que el sujeto a quien se aplica toda la explicación del tercer artículo es el Espíritu Santo.

"...sino que el Espíritu Santo me ha llamado, ...me ha santificado, ...me ha congregado, ...me perdona, ...me resultará y me dará la vida eterna". (20)

En el Catecismo Mayor, el Espíritu Santo es el autor de la santificación, como un estado declarado en la regeneración y como un proceso que se da a partir de la palabra en la iglesia, constituyéndola en un medio de santificación; de ahí su nombre: comunidad de los santos. Esta santificación se da a través del perdón de los pecados por la palabra y los sacramentos. Es obra también del Espíritu Santo la santificación final o resurrección y vida eterna.

EN LAS CONFESIONES PROTESTANTES POSTERIORES

Con la Reforma de Lutero cambia la visión que se tenía del Espíritu Santo, pero a la vez comienzan a surgir diferentes interpretaciones que dividen nuevamente a la iglesia.

Para Calvino, Dios trabaja doblemente en nosotros: interiormente por su Espíritu, y exteriormente por la palabra y los sacramentos.

Para Zwinglio: *"el Espíritu Santo mueve al hombre de manera que este siente que las Escrituras son la verdad y de esa manera alcanza la confianza en la gracia de Dios"*. (21)

Dios implanta la fe, pero sólo como un instrumento, pues su mano está muy cerca. El Espíritu actúa directamente en el interior de la persona, obrando en el hombre todo el bien, sin la necesidad de usar medios como la palabra o los sacramentos.

Aparecen algunos grupos más radicales que rompen incluso con las propuestas de Lutero y Calvino. Tal es el caso de George Fox y la Sociedad de los Amigos, conocida como Los Cuáqueros. Para él, el Espíritu Santo no se revela sino interiormente, no existen sacramentos ni ministerio instituido y no se celebra culto en templos. Todo se basa en la experiencia de cada persona con Dios. No había más culto común que aquel de escuchar a Dios en silencio y orar interiormente y alguna palabra de revelación concedida a uno de los participantes.

El pietismo fue otra de las corrientes que puso énfasis en la actividad del Espíritu Santo. Spener, el precursor de este movimiento, trató de que se reviviera la experiencia personal de la fe más allá de la ortodoxia luterana muy atada a fórmulas. Si bien Spener negó ser un reformador de la iglesia del siglo XVII, introdujo un principio renovador: el pastor ya no tenía el monopolio de todos los dones. El Espíritu actuaba en cada creyente y era necesario que se le

dejase en libertad para ejercer sus dones; de lo contrario la Escritura se convertiría en letra muerta, como cualquier otro libro, y no sería palabra de Dios ni su presencia activa (Colosenses 3:16).

La vida de las comunidades protestantes continuó marcada por sueños y sobresaltos respecto de este tema. Así surgió el Metodismo con John Wesley en 1729 en Gran Bretaña y nuevos movimientos de avivamiento hasta nuestros días.

EL ESPÍRITU SANTO EN LOS MOVIMIENTOS RELIGIOSOS ACTUALES

Y la historia se vuelve a repetir. Como en la Edad Media durante la cual la iglesia caminó entre la indiferencia hacia el Espíritu Santo y los sobresaltos por los movimientos que reivindicaron la obra del mismo en el creyente, así la iglesia de la actualidad ha tenido y tiene los mismos problemas.

A cada movimiento que se ubica en un extremo, surge otro en el extremo opuesto. Las iglesias tradicionales, muy atadas a fórmulas, llegado cierto tiempo, no respondieron más a la necesidad de sus fieles ni del mundo que las rodeaba. El Espíritu Santo estaba sujeto a la palabra y los sacramentos y fuera de ellos no se concebía su actuación en el creyente.

Surgen así los movimientos pentecostales por la década del 30 revitalizando las ideas de Wesley, fundador del Metodismo. Lamentablemente, en muchos casos estos movimientos fueron directamente al extremo opuesto pretendiendo convertir al Espíritu Santo en objeto disponible para ser usado y manejado al antojo del hombre.

Merece destacarse que estos movimientos de renovación sólo afectaron a las comunidades evangélicas. El Concilio

Vaticano II fue a abrir la puerta también para la renovación en la iglesia católica. Si bien allí todas eran formulaciones teóricas, a partir de 1967 surge el movimiento conocido como Renovación Carismática en respuesta a las necesidades culturales. Este grupo de renovación trabaja dentro de la iglesia y su pretensión es reafirmar la intervención del Espíritu Santo a través de milagros, lenguas y sanidad. El verdadero interés es el de reanimar a la institución sin adoptar una postura contestataria frente a ella.